

La máxima prioridad

Todos los problemas de los argentinos tienen una raíz económica. La escasez de empleo. El monto de los salarios y las jubilaciones. La epidemia de inseguridad y la penetración del narcotráfico. El estado de las rutas y los costos del transporte. El colapso del “sistema” de salud. La calidad de la infraestructura educativa. La insuficiencia de viviendas. El desarrollo de la ciencia. Nada de esto puede mejorar si no mejora la economía. Todas las agendas que están en discusión en nuestro país necesitan que la sociedad aumente su riqueza para ir encarando cada uno de nuestros problemas.

Una economía que ofrece oportunidades, empleo para toda la población y que mejora sostenidamente los ingresos de las personas es el resultado de decisiones correctas durante muchos años. **En lo inmediato, las tareas más importantes en ese camino son tres. Primero, ordenar el gasto fiscal: no solo el Estado nacional; las provincias y los municipios también deben asumir esa responsabilidad y tomar como referencia a las administraciones que ya tienen un camino hecho. Segundo, atraer inversiones en los sectores de la economía argentina que son competitivos a nivel internacional como cereales, carnes, energía, minería y conocimiento. Tercero, aumentar la productividad con inversión en infraestructura y reformando las regulaciones para reducir el costo argentino.** Mendoza es una de las pocas provincias que ya pueden mostrar resultados en esta dirección. Son cada vez menos las oportunidades económicas para los gobiernos que no encaran reformas. Y se achicó la tolerancia del electorado para los que siguen como si en la Argentina no hubiera pasado nada.

Ahora bien, la condición de posibilidad fundamental para sostener un camino de crecimiento económico es mantener a raya a los pirómanos: **la amplia coalición de rentistas que, por lo menos desde mediados de la década de 1970, aprendió a parasitar una economía en descomposición.** Desde dirigentes políticos transformados en empresarios hasta empresarios cuya actividad comercial es la política, pasando por barrabravas devenidos dirigentes políticos y empresarios, sus integrantes fueron montando un esquema extractivista que explota a la sociedad. No es una coalición partidaria, sino de objetivos: mantener las rentas capturadas. Sus integrantes no son el problema, pero su ascenso económico es la manifestación de un sistema improductivo e injusto. Y su enriquecimiento inútil llegó con proliferación de villas miserias, multiplicación del delito y precarización de todo lo estatal. Estos rentistas son los verdaderos ganadores de la democracia post 1983. Protegidos hace décadas por intelectuales y formadores de opinión que les prestan sustento ideológico porque ignoran todo sobre la restricción presupuestaria, la función de los mercados, el impacto de la emisión en la inflación o el rol de los mercados de capitales en el desarrollo.

El verdadero problema es el agotamiento del patrón de acumulación económica que durante un siglo ofreció empleo, posibilidades y servicios públicos para toda la población argentina. Por lo menos desde mediados de los 70 's, la sustitución de importaciones se volvió inviable por la competencia del comercio y

las industrias de la globalización. Hace cinco décadas que la economía argentina se sostiene, como puede, con un solo motor: la exportación agrícola.

La coalición rentista se volvió el mayor obstáculo para resolver el problema porque su razón de ser es reproducir el pacto anticompetitivo. Para preservar sus fuentes de ingresos, amañan la economía y bloquean la fuerza productiva del resto de la sociedad. Sostenidos sobre coimas, protecciones y regulaciones, parapetados en el Estado, bloquean la innovación y distribuyen la pérdidas entre el resto de la sociedad condenada a empleos de baja productividad y salarios bajos. Dos datos simples ilustran la gravedad de la situación económica: Argentina figuraba en 2024 entre las diez economías más cerradas del mundo, de acuerdo con el Banco Mundial, y su PBI acumuló casi quince años sin crecimiento sostenido en términos reales.

Cambiar este estado de cosas es imprescindible para que crezcan el empleo, los ingresos y la inversión en bienes públicos. **El camino del cambio hoy es racionalizar el gasto, fomentar inversiones y aumentar la productividad.** No hay en el mundo procesos de aumento de salarios, mejora de la calidad de vida, ni reducción de la pobreza que no sean correlativos al crecimiento económico. Si la economía argentina genera más riqueza de forma sostenida los argentinos vamos a poder pagar la calidad de vida que perdimos. Un crecimiento moderado del 1,5% anual durante diez años, sería, a la vez, un logro inédito en la historia argentina y un piso mínimo de crecimiento en comparación con las economías prósperas del mundo. Aumentarían los salarios públicos y privados, se reduciría la pobreza y mejoraría la infraestructura.

LA TAREA DE LA POLÍTICA

El trabajo más importante de la política es encauzar las soluciones para este problema. Y en ese camino, **ordenar el campo del cambio es una tarea fundamental.** Muchos queremos reformas para la economía argentina, pero somos diferentes. Vivimos en regiones distintas, somos parte de todo tipo de industrias, hablamos vocabularios políticos distintos. Los cambios pueden no llegar si no logramos unidad de criterios para esta diversidad. Para lograrlo tenemos que poner nuestra energía en acercar posiciones, identificar objetivos comunes, construir en la diferencia; trabajos básicos de nuestro oficio. La unidad de criterios es condición de posibilidad para asegurar en el tiempo lo que en 2023 fue un reflejo instintivo ante el abismo. ¿O cuánto tiempo pensamos pasar estancados entre avances y retrocesos?

Segunda tarea importante: hablar claro. Porque la desorientación programática es propicia para el embrollo ideológico. Si, por el contrario, queremos disipar la confusión, tenemos que **dar señales nítidas de que entendemos la gravedad del problema.** Todos los argentinos estamos pagando la cuenta hoy para apostar a un mañana mejor, la ventana para hacer estas reformas es breve y no podemos dejar que el esfuerzo sea en vano. Todavía hoy, en 2026, después de décadas de déficit fiscal financiado con el patrimonio de los ciudadanos, hay políticos que se candidatean a cargos ejecutivos sin poder explicar cómo

preservarán las cuentas del Estado, signo inconfundible de que no son parte de la solución.

Ahora bien, para hablar claro, hay que estar claro. Es necesario tener un diagnóstico, entender cuál es el rumbo general y conocer los objetivos prioritarios. Una tercera tarea, entonces, es de formación y debate. **Impulsar discusiones sobre la prioridad de la agenda económica en la acción política de estos años; oxigenar el debate cotidiano con referencias e información nuevas; convencer sobre la necesidad de cambiar de rumbo.** La agenda de la modernización del país sigue sólo es impulsada por una fracción de la dirigencia. Aislado del resto del mundo, el debate político se mantiene, mayormente desinformado sobre experiencias de desarrollo de las últimas cuatro décadas, consecuencia previsible del aislamiento del país en términos económicos, tecnológicos e intelectuales.

Nada de esto se puede hacer sin aceptar que **las agendas políticas de post 2001 y post 83 no pueden resolver la Argentina post 2020.** Su acervo de respuestas y, aún más, de preguntas son inocuos para resolver los problemas contemporáneos. Las agendas de 1983 tenían el objetivo de lograr continuidad democrática y vigencia del estado de derecho, en un contexto en el que la pobreza no llegaba al 5% y la migración de las industrias livianas a Asia estaba empezando. Las agendas post 2001 mantenían la ilusión de que se pudiese volver a vivir como en la Argentina de la década de 1960, en las mismas actividades y con los mismos salarios; y la jibarización de las clases medias todavía era una novedad histórica. Hoy el contexto es completamente diferente, y con la perspectiva que da el tiempo se vuelven evidentes los éxitos, los fracasos y las conclusiones de esas experiencias. Hubo éxito en el programa del presidente Alfonsín de establecer la democracia y desterrar la violencia política. Hubo éxito en el objetivo del presidente Kirchner de reconstruir la confianza en la dirigencia política y en el poder ejecutivo. Fracasaron los esfuerzos conservacionistas para preservar actividades económicas y puestos de trabajo que, hoy sabemos, estaban condenados a la extinción. Como también hoy sabemos que muchas de las reformas económicas de la década de 1990 iban en la dirección correcta. Para cambiar el país tenemos que cambiar nosotros mismos. La Argentina ya no es la misma que el propio partido ayudó a impulsar durante el siglo XX y está muy lejos de la imaginamos en 1983. Hay que mirar a la cara el país que tenemos.

Y es necesario que lo entendamos con marcos del mundo contemporáneo. Las economías prósperas no se organizan como en el siglo XX; el clivaje izquierda-derecha no refiere a nada concreto de la realidad; las democracias del mundo enfrentan déficits de resultados; Asia se volvió un polo de crecimiento e innovación de primer orden; la inteligencia artificial y la robótica están transformando el mundo del trabajo; el cambio del clima pesa sobre las actividades vinculadas a la tierra y amenaza la infraestructura de pueblos y ciudades de todos los tamaños. Pifiar con discusiones y vocabularios de otros momentos inhibe la construcción política.

Para innovar no hay que repudiar las tradiciones, hay que saber serles fiel en el cambio del tiempo. Nosotros seguimos los ejemplos de virtud, audacia, vocación de masas y de progreso de los grandes visionarios de nuestro partido; la historia

pujante de la Argentina y el compromiso ético del radicalismo son nuestras fuentes de inspiración. Tenemos raíces, trabajamos con la mirada en el futuro y los brazos en el presente. Estamos al servicio de la sociedad argentina y el progreso de nuestra nación.